

zzoni; ¡qué primor de ejecución aquél!: aun tenemos presente el semblante de beatitud de Arditti en los últimos compases. En el concierto del 20 fué llevado con demasiada lentitud, perdiendo parte de su valer y de su carácter. La *Malagueña* final se resintió del cansancio que experimentaban los profesores de la orquesta, después de un tan largo concierto en que casi no tuvieron descanso. El Maestro Carlos Meneses demostró en toda la noche sus excepcionales condiciones de buen Director.

Pronto continuaremos el relato de la feliz y fructuosa tentativa de la meritísima Sociedad Anónima de Conciertos de Orquesta.

CAPITULO XI

1892.

El sábado 6 de Agosto se presentó en el Gran Teatro con el primero de sus tres conciertos el pianista español D. Alberto Jonás, ejecutante notable que fué muy aplaudido por el no muy abundante público que concurrió á esa audición; el distinguido profesor vino á México, según se dijo, para poder dedicarse al estudio lejos del bullicio y del vértigo de las grandes ciudades europeas. Extraña determinación la suya y originalísima hasta el exceso; creemos que bien pudo llevar adelante su propósito, pues á los pocos días de haberse dado á conocer aquí, ni quien se acordase de él. Los productos de su primer concierto los dedicó á la benéfica obra del *Comedor de Caridad*, que dirigido por el conocido filántropo Francisco Díaz de León, habíase fundado con varios donativos particulares en favor de la clase pobre. Los otros dos conciertos viéronse poco concurridos, no porque no se reconociese el mérito de Jonás, sino porque habiéndose estimado bastante por sí mismo para llenar con su sola persona las tres audiciones, la cosa pareció árida y poco amena, máxime por haber elegido sus piezas entre lo más clásico y más moderno. Pudo oírsele con agrado en la *Sonata patética* de Beethoven, en *Clave de lune* del mismo, en un walse Brillante de Barnett, en la *Berceuse*, de Chopin, en la *Muerte de Isolda* de Wagner y Liszt, y en otras muchas composiciones realmente ejecutadas con amor, sentimiento y arte. Bien valía la pena de ir á oírle, mejor que perder el tiempo en los horrores de nuestras compañías de zarzuela, ó los espectáculos dramáticos de Manuel Estrada. El público era sin embargo más numeroso en *El crimen de la Profesa*, *De México á Puebla*, *El Diablo Verde*, *El cura de Jalatlaco*, *Las tentaciones de San Antonio*, *La leyenda del*

Monje, *Catalina*, *El Soldado de Napoleón* y otras. En la zarzuela de Arbeu había hecho gran efecto el tenor mexicano D. Felipe Reyes Retana, que algún tiempo antes habíase presentado en el Principal en *Catalina* y en *Marina*: con él compartían los aplausos Carriles y Vargas, y la simpática niña Elena Urefia que ingresó en el cuadro, en los primeros días de Agosto, con la aldeana de *El Rey que rabió*.

Con menos fortuna caminó en el Principal la Empresa Hermanos Guerra, la cual "agradecida, decía en su prospecto, al galante público que siempre había recibido bien sus espectáculos," anunció para el sábado 13 de Agosto la "inauguración de una compañía de zarzuela expresamente contratada en la Habana y en Europa para trabajar en México." El elenco de ella fué el siguiente: "Director de escena, Antonio Beltrán: Director artístico, José Oropeza: Primeras tiples en ambos géneros, Julia Acosta, Soledad González; Otras primeras tiples, Adela Z. Grí, Leonor Fernández: Tiple característica, Ana Gallardo; Primeros tenores, José Carbonell, Segundo Rigal, Francisco Goicoechea: Primer tenor cómico, Miguel Gutiérrez; Primer barítono, Lucio Delgado; Otro primer barítono, Miguel Ballester Andrés; Primer bajo, Juan Prieto; Actor genérico, Rosendo Navarro; Bajos cómicos, Enrique Rodríguez, Eduardo Múgica. — Apuntadores, Manuel Castro, Manuel Sains. — Maestros directores y concertadores, Vicente D'Alessio, José Contreras." El espectáculo fué organizado por tandas, á *veinticinco centavos* por persona.

Poco sería cuanto dijésemos de la desfavorable acogida que el público hizo á ese cuadro: los ceceos, las toses, los bastonazos, terminaron en silbas fenomenales, en zambras dignas de una plaza de toros. Del sábado 13 al martes 16 pusieron en escena *La Mascota*, *La Tempestad*, *Las Hijas de Eva* y cuatro ó cinco piecitas. Para el miércoles se anunció *Marina*, pero repentinamente se enfermaron las tiples principales y se suspendieron las funciones. Al poco sufrido público pareció un tanto pasaditas las tiples Soledad González, Julia Acosta, Adela Zegrí ó Z. Grí, como la anunció el elenco, y Leonor Fernández: esta última, antes aplaudida en México, estaba ya inconocible: todas ellas desafinaban con una facilidad asombrosa. En esto imitábales el barítono Lucio Delgado, pero cuando no salía del registro medio, que tenía bueno, solía hacerse aplaudir; Miguel Andrés fué de los más señalados ante el disgusto público, que se procuró en el *Avendaño* de *Las Hijas de Eva*: el tenor Carbonell se distinguió por su edad madura, voz cansada, áspero acento y negativas facultades: Segundo Rigal en el *Claudio Beltrán* mostróse encogidísimo y principiante artista, lo primero debido al espanto que le produjeron las silbas propinadas á sus consocios, y lo segundo á que en México hacía su primer ensayo en zarzuela. En el tal cuadro apenas

podía verse y oírse más que á Ana Gallardo, tan simpática, discreta y buena actriz como siempre; Miguel Gutiérrez, apenas tenía tiempo para *enfermarse*, y en cada función había que solicitar para él la indulgencia del público: Rosendo Navarro, Enrique Rodríguez y Eduardo Múgica, no pasaban de ser los mismos que ya conocíamos. Con tales elementos, y con el bilioso humor de los aficionados á *tandas*, sucedió lo que hemos dicho ya; las silbas y las zambras fueron fenomenales, y la Empresa tuvo que suspender sus espectáculos mientras reformaba su elenco.

Las reformas empezaron por permitir que regresaran á la Habana el barítono Lucio Delgado, la tiple Soledad González, y el director y tenor Antonio Beltrán, y después de varios tratos y contratos, allá para el 3 de Setiembre, apareció como empresaria del Principal la aplaudidísima Josefina Lluch, con el siguiente cuadro: *Primeras triples*, Josefina Lluch, Soledad Goyzueta y Julia Acosta; *segunda tiple*, Adela Zegri; *tiple característica*, Ana Gallardo; *primeros tenores*, Aurelio Morales, Francisco Goicoechea; *tenor cómico*, Miguel Gutiérrez; *primer barítono*, Antonio Vargas; *otro*, Miguel B. Andrés; *primer bajo*, Emilio Carriles; *segundo barítono*, Carlos Ortiz; *bajo cómico*, José Fonseca; *director de escena*, Emilio Carriles; *director de orquesta*, Vicente D'Alessio.

Esta compañía se presentó como queda dicho el sábado 3 de Setiembre con *La Guerra Santa*, en que quedaron bien la Lluch, Vargas y Carriles; con *El Juramento* reapareció en el papel de *Maria* la tiple Julia Acosta, algo más confiada y segura que en el cuadro precedente. En *La Marsellesa*, no quedó de lo mejor Francisco Goicoechea, medianísimo cantante y medianísimo actor. Fueron muy bien recibidos á su turno de estreno, Soledad Goyzueta en *El Pompón* y Aurelio Morales en *El Estudiante de Salamanca*. El éxito de la nueva organización de ese cuadro del Principal, fué de lo mejor, y lo que es entonces Josefina Lluch salvó á los Hermanos Guerra. Aun la tiple Julia Acosta, gustó como no se creía que gustase, y *El Monitor* dijo de ella: "Hemos tenido ocasión de oír con más calma á Julia Acosta, cuyo mérito apenas pudimos vislumbrar en aquellas funciones tempestuosas de la Compañía que con tanta crueldad fué recibida hace pocos días por el bueno y respetable público: la Acosta es una guapa moza, de una voz fresca y extensa que maneja con bastante destreza; viste con propiedad, y tiene sobre la escena artístico desembarazo; cuando canta es siempre aplaudida, por su voz de soprano muy agradable; es una buena actriz de zarzuela."

El Circo Teatro Orrin siguió caminando con regular fortuna, aunque por caprichos del público tan pronto se veía con aceptables llenos como en una cuasi soledad. No escaseaban los aplausos á Pepe Vigil, Enrique Labrada, Manuel Iglesias y Vicenta Peralta. Esta se-

guita conquistando amigos con su preciosa figurita; en las *Campanas de Carrion* hizo una preciosísima *Nora*, pero la obra corrió gran peligro de disgustar á los señores, por la poca oportunidad de las gracias de Benito Goribar en el papel de *Benito*: el periódico *El Teatro*, se las reprochó con severidad en su número del 4 de Setiembre. Para llamar público, el Circo Teatro revivió por esos mismos días la famosísima *Isla de San Balandrón*, en que tanto lucieron en remotísimos días Mariquita Cafieta y Angel Padilla. Entre las semanas buenas en el Circo Teatro figuró en prominente lugar la primera de Setiembre; en el miércoles que le correspondió, la Compañía Labrada-Vigil cantó *El Milagro de la Virgen*, añadiéndole en el programa de *Montserrat*, porque la función estuvo consagrada á la colonia catalana residente en México: el local se vió agradablemente adornado con guirnaldas de flores y banderas mexicanas y españolas, descollando al frente el pendón de oro y barras rojas de la adelantada y progresista Cataluña. El Circo Teatro cerró el Sábado 10 de dicho Setiembre sus puertas, en demostración de duelo por la muerte de Jorge Orrin, uno de sus propietarios, acaecida en Londres: este fallecimiento fué muy lamentado por sus numerosos amigos y por los pobres de México, á quienes siempre y de mil maneras había socorrido con inagotable caridad.

También se cerró, pero definitivamente, por falta de público, el Teatro Arbeu, sin hallar recompensa á sus trabajos Reyes Retana, María Padilla, Vargas y Trillas, la Ureña, y demás zarzuelistas dirigidos por Emilio Carriles. El Coliseo de la calle de San Felipe, fué entonces ocupado por la modesta compañía dramática Servín que el Domingo 4 del repetido Setiembre, interpretó de muy aceptable modo *El Señor Cura*, de Vital Aza, ante muy escaso público, pues el que aun quedaba capaz de asistir á dramas y comedias dividiánselo Manuel Estrada en el Nacional, y Montoya, Zendejas, Concha Padilla, Josefina Duclós, y Segarra en el de Hidalgo. Aparte de esto, sólo congregaba el espectáculo puramente dramático, público numeroso y distinguido cuando daba alguna de sus lucidas funciones de invitación el *Club Dramático mexicano*, compuesto por aficionados de mucho talento como los Sres. Felipe y Manuel Haro, dignos del más entusiasta elogio, las Sritas. Díaz, Martínez y Mesa, y los Sres. Flores, Sentenat, Morales, Fernández, Gutiérrez Cortina, Rincón y otros. Este *Club* dió en uno de los teatros de la Capital una agradable función á beneficio de la Casa Amiga de la Obrera, poniendo en escena *Marcela ó cuál de los tres*, en que se distinguieron la Sra. Rivero y los Sres. Haro, Flores y Morales. A beneficio también de la Escuela de la Parroquia de Santa Ana, representaron la comedia *El tercero en discordia* y el sainete *El novio de Doña Inés*, la simpática Paz Márquez, la bella Justina Manzano y los Sres. Villar, Olaeta y Santa Anna. Estos

últimos apreciables aficionados no pertenecían al mismo círculo que los hermanos Haro, pero también eran aficionados muy inteligentes. Por estar en más contacto y comunicación con el *Club Dramático*, puedo hablar con mayor conocimiento de causa de sus brillantes representaciones que se hacían en dos pequeños teatros de la Colonia de Santa María ó de la Colonia de Guerrero, construídos con madera á modo del teatrillo de Invierno ó antiguos jacalones. Todos esos locales ni por sus tamaños ni por sus malas condiciones merecen mención especial: por el pronto satisfacían al recreo de los habitantes de aquellos barrios nuevos y muy poblados: su forma era la rectangular con dos órdenes de reducidos é incómodos palcos y un patio como cerbatana. Los hermanos Haro no sólo son consumados actores, con más talento y práctica en la escena que muchos artistas de profesión, sino también apreciables aunque modestos escritores: Felipe J. Haro es autor de un arreglo intitulado *Alfiere*, y de alguna otra comedia. Joaquín Haro, que también es entendidísimo en asuntos escénicos aunque no gusta de presentarse en las tablas, pertenece al *Liceo Altamirano*; escribe poco en verso y produce en prosa muy bonitos artículos: pintor y dibujante muy distinguido, hubiérase señalado en el arte que sólo cultiva por afición y horas de ocio, cuando le dejan tiempo libre sus operaciones de comercio en que también, como en todo, es muy inteligente y activo y emprendedor. Los hermanos Haro honran su apellido.

La sociedad elegante que no concurría, al menos con frecuencia, á los espectáculos por tandas, andaba distraída y aun preocupada con los incidentes y accidentes de unas muy cacareadas tentativas para establecer en México un globo cautivo. El iniciador parece que fué D. Angel S. Torres, que al regreso de un viaje á París, indicó y formó una Compañía Anónima para la introducción y explotación de ese espectáculo en México. Dados los pasos convenientes, en el vapor francés que el 9 de Julio arribó á Veracruz, llegaron los aeronautas Godard y Taupin, conduciendo el correspondiente globo, construído en París con un gasto de diez y seis mil pesos, sin contar fletes, derechos aduanales, seguros marítimos y otros. El lugar designado para las ascensiones fué el Tívoli del Eliseo: la altura á que se elevaría se fijó en cuatrocientos ó quinientos metros, y en su canastilla podrían ascender quince personas cada cuarto de hora, al precio de dos pesos billete. Después de algunos meses de explotado en México, el Globo Cautivo sería llevado á Chicago, para hacerle funcionar allí durante la Exposición del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Puesta mano á los trabajos de instalación, llegó á anunciarse el estreno del Globo Cautivo para el 21 de Agosto, después se transfirió para el 30, y después para otro día, y otro y otro, ya por que, según

se murmuraba, la comisión inspectora del Ayuntamiento oponía dificultades, porque no podían conseguirse cantidades suficientes de limadura de hierro y de ácido sulfúrico, porque faltaba agua á consecuencia de los trabajos para la nueva entubación, porque según unos el globo no tenía las condiciones necesarias para ascender en México y porque á juicio de otros ni el Godard ni el Taupin sabían lo que traían entre manos. Este asunto que traemos á cuento como una simple curiosidad, no merece que demos más detalles: y así diremos únicamente que hasta los días 9, 12 y 13 de Octubre no vino á saberse que la Sociedad Anónima había perdido su dinero, porque el globo, que se llamó *Ciudad de México*, carecía de la necesaria fuerza ascensional: el domingo 9, día en que por primera vez se lanzó al espacio sin gente en la canastilla, el globo *rabió* ni más ni menos que un *papelote* mal hecho; el 12, ya más henchido, apenas pudo subir doscientos metros, sin más peso que cuatro personas: el 13 había perdido gran cantidad de gas, y no pudo con más de dos personas. Hubo pues de desistirse de otras pruebas, y el globo fué doblado y guardado mientras se demandaban daños y perjuicios á la casa remitente. Godard y Taupin, oyeron mil y una lindezas, y sufrieron prisiones y disgustos de toda especie hasta que pudieron salir de México, supongo que echando pestes hasta de su misma sombra.

Antes de tratar de la Compañía de Opera Italiana de Napoleón Sieni, diremos que la "Sociedad Anónima de Conciertos" dió el tercero de su serie el viernes 12 de Agosto del mismo 1892, como de costumbre en el Gran Teatro Nacional, y ante una concurrencia tan escogida y casi tan numerosa como los precedentes, á pesar de haber hecho una noche infame, lluviosa, desagradable y destemplada. Comenzó la audición con la Obertura de "*Leonora*," de Beethoven, única pieza legítimamente clásica del programa. Siguió la *Gran escena final de la "Africana*," "*Gia l'odio m'abbandona*," de Meyerbeer, cantada por la Sra. de Sribier; la elección de esta pieza, de carácter dramático, no fué quizás muy acertada, pues para su mayor lucimiento requiere el indispensable aparato escénico que la realza. La primera parte del programa concluyó con el *Concierto para violín*, óp. 46, de Rubinstein, que, con acompañamiento de orquesta, interpretó D. Alberto Amaya: la pieza es de muchas dificultades y de no escasa aridez, sobre todo en una primera audición: el distinguido violinista no disponía de buen instrumento, y por una ó por otra ó por todas esas causas no fué el artista tan apreciado como hubiéralo sido en otras más favorables circunstancias.

De música del joven maestro y notabilísimo compositor Gustavo E. Campa, se componían los núms. 4, 5, 6 y 7, del programa. El número 4, *Dance ancienne*, se inicia con un agradable tema para en- golfarse en difíciles modulaciones que á la vez que acusan los pro-

fundos estudios y sana ciencia del Maestro, hacen lamentar á quienes carecemos de los unos y de la otra que la composición pierda sus primitivas gracia y sencillez encantadoras. El núm. 5, la *Tirolesa*, tiene como la *Dance* un motivo no menos agradable, y, según el modo del aplaudido compositor, pronto también entra en difíciles complicaciones, no tantas, sin embargo, como en aquella: la *Tirolesa* es una pieza breve, hácese oír con delicia, y el público fué justo con ella pidiendo y obteniendo su repetición. No hizo lo mismo con el núm. 6, *Réverie*, y fué inconsecuente consigo mismo y con el Maestro, pues bien hubiese merecido aquella delicada filigrana ser dos veces oída para ser bien gustada. El núm. 7, *Poème d'amour*, letra de V. Wilder y P. Collin, se componía de tres partes ligadas por inmediata sucesión: *A. Après la première rencontre*, *B. Les fiançailles*, y *C. Amour*, las dos primeras para soprano y la última para soprano y tenor. La letra se repartió en bonitos cuadernos, momentos antes de ser cantada. No es fácil apreciar en una sola audición las obras musicales, y punible ligereza sería extenderse á más que á consignar sencillamente la impresión que causan. Esta, en la obra de Gustavo Campa, fué bastante buena, y pudo admirarse la correcta instrumentación y aplaudirse la ciencia con que el autor utiliza los diversos timbres para buscar efectos. Con los dichos cuatro números del concierto, Gustavo E. Campa acreditó ser uno de los más distinguidos compositores mexicanos, concepto en que le tienen los inteligentes y los que sin ese mérito somos sus entusiastas amigos.

El *Preludio* de *Cavalleria Rusticana*, de P. Mascagni, tenía el número 8 en el programa: sin duda hubo equivocación al redactarlo, pues lo que se tocó fué el *Intermezzo* de dicha ópera. El efecto causado en el público por esa felicísima y delicada inspiración, fué de lo más envidiable; se aplaudió con tal entusiasmo que hubo de repetirse con unánime aprobación. El núm. 9 del programa lo formaron los *Bailes Húngaros*, 5 y 6, de J. Brahms: desempeñados con bastante brío y delicadeza, agradaron mucho. El núm. 10 y último, correspondió á la Oberutra de *Tannhauser*, en cuya interpretación hubo algo mejor y algo peor que en el anterior concierto; el tema de los *peregrinos* fué llevado algo más movido de lo conveniente; el *allegro* lo fué á tiempo justo, y el *Himno á Venus*, exacto en movimiento al iniciarse, aflojó en la repetición.

Para la noche del 21 del mismo Agosto se arregló un nuevo concierto, con carácter de extraordinario, á beneficio de los profesores que formaban la orquesta, obsequio que bien merecían pues en toda la temporada trabajaron con empeño y constancia, sin arredrarse ante los numerosos y frecuentes ensayos, y siguiendo con notable inteligencia la hábil dirección de los maestros, especialmente de Carlos Meneses. En el concierto del 21 tomaron parte la Srita. Angela Aranda

y el notabilísimo Ricardo Castro: casi todos los números fueron repetición de piezas de las que más habían agradado en las precedentes audiciones.

El cuarto concierto de la serie de abono se dió el sábado 10 de Setiembre, con este programa: Obertura, *El Otoño*, óp. 11, de Grieg, para orquesta: *Les larmes*, melodía para canto, con acompañamiento de orquesta, de Ricardo Castro, ejecutada por la Srita. Beatriz Franco: *Marcha humorística*, de Ricardo Castro, por la orquesta: *Concierto de violín*, óp. 64, de Mendelssohn, por la Srita. Asunción Sauri: *Preludio del primer acto*, de Keofar, de Felipe Villanueva, y *Entreacto núm. 6*, ejecutados ambos por la orquesta, y *Aria para tenor*, de la misma obra, cantada por Ignacio Villalpando: *Una noche en el Monte Calvo*, fantasía para orquesta, de Moussorgsky, concluida é instrumentada por N. Rimsky Korsakoff: *Minueto*, de Bolzzoni, por la orquesta, *Aida*, *L'insana parola*, de Verdi, cantada por la Srita. Luisa Larraza: *Gallia*, de Gounod, por la orquesta, coros y la Srita. Larraza.

El resultado de aquella meritoria tentativa de la "Sociedad Anónima de Conciertos de Orquesta," según se tituló, fué satisfactorio y debemos, y lo hacemos con sinceridad, felicitar á sus principales iniciadores D. José Ives Limantour y D. Nicolás Martínez del Río; en alguno de sus escritos la Junta Directiva dijo que sus conciertos eran los primeros de esta clase en México, y ciertamente no dijo bien: quienes hayan seguido página á página esta nuestra humilde *Reseña* saben que hubo de igual especie varios conciertos antes de 1892, y entre éstos los que la "Sociedad Filarmónica Mexicana" llamó *Grandes festvales*, que fueron mucho más clásicos que los de la *Sociedad Anónima*.

Los productos materiales fueron en 1892 de alguna consideración: las entradas ó ingresos importaron lo que sigue:

119 acciones á 25 pesos.....	\$ 2,975 00
Productos del primer concierto.....	\$ 930 87
Idem del segundo.....	1,334 32
Idem del tercero.....	1,044 35
Idem del cuarto.....	1,170 16
Idem del extraordinario.....	904 09
	<u>5,383 79</u>
Total de los ingresos.....	<u>\$ 8,358 79</u>

Las salidas ó gastos fueron:

Gastos del primer concierto.....	\$ 1,086 23
Idem del segundo.....	1,167 61
	<u>2,253 84</u>
Á la vuelta.....	\$ 2,253 84

De la vuelta	\$ 2,253 84
Idem del tercero	1,195 12
Idem del cuarto	1,153 14
Idem del extraordinario	911 92 \$ 5,514 02
<hr/>	
Música impresa é instrumentos	649 07
Devuelto por una acción al Sr. Weber.	18 45
<hr/>	
	\$ 6,181 54

Habiendo importado los ingresos \$8,358 79 y los gastos \$ 6,181 54 quedó un saldo por existencia depositada en el Banco Nacional de México, de \$2,177 25, esto es, \$ 797 75 menos del importe de las ciento diez y nueve acciones suscritas. Realmente fué poco perder en una tan audaz tentativa. Desgraciadamente, esa existencia, y algo más, había de perderse en una segunda temporada, según diremos á su tiempo.

En la que describimos se presentaron de un modo solemne, por así decir, notables jóvenes maestros mexicanos. Fué uno de ellos el pianista y compositor Ricardo Castro: nacido en Durango en Febrero de 1864, laureado discípulo del Conservatorio Nacional de México en 1879 á 1881, se reveló como compositor de mérito en 1882, dió diversas audiciones con mucho éxito en 1885 en Nueva Orleans, Filadelfia, Washington y Nueva York, y confirmó la justicia de los aplausos por él logrados hasta entonces, el éxito de su presentación en los conciertos de 1892 en nuestro Gran Teatro Nacional. Como pianista es uno de los más *geniales* y mejor dotados entre los nuestros; como compositor es original, correcto y avanzado. Sus producciones son numerosas, y aunque no del mismo valor y del mismo interés, revelan en su sucesión un constante progreso y un estudio asiduo de los buenos autores, especialmente de los modernos. Por inclinación natural ha escrito de preferencia para el piano, mostrando en sus obras el conocimiento de los efectos y la preocupación constante de la distinción y la novedad: en unas se hace sentir la influencia de Chopin y en otras la de Schumann, sin que por esto dejen de resultar aquí y allá los rasgos salientes de su propia personalidad, representados por ritmos, giros, fórmulas cadenciales y modulaciones que le son propias: sus melodías para canto son inspiradas y expresivas, y tres ó cuatro de ellas son verdaderas joyas de ternura y sentimiento. Castro maneja la orquesta con habilidad y buen colorido: no obstante, en sus obras de este género se observa cierta timidez que redundan en perjuicio del efecto: su orquestación no siempre tiene una claridad completa ni un equilibrio y cohesión perfectos. Castro guarda en cartera una obra lírica, *Don Juan de Austria*, concebida, en cierto

sentido, en la forma moderna; una fácil y fluida inspiración se revela en todas sus partes; y á la vez un verdadero sentimiento dramático: si esa obra se pone en escena alguna vez, conquistará el aplauso de los artistas de corazón y de convicción. Sinceramente estimamos que Ricardo Castro es en México uno de los artistas mejor dotados, de talento más claro, de inspiración más espontánea y noble; y en otro país, estimulado como lo merece y alentado por un aplauso inteligente y justiciero, desplegaría más aún las alas de su talento, explayaría su inspiración y lograría adquirir un puesto envidiable, no en el círculo limitado de sus amigos, que ya lo ocupa y con justicia, sino en el mundo del arte. Aquí sofocan las envidias, los rencores, las insinuaciones venenosas proferidas con visos de inocencia. Castro no tiene carácter para sobreponerse á ello y triunfar: es tímido, es modesto en alto grado, es incapaz de entrar en lucha con sus detractores, y de ahí que sus propias virtudes artísticas sean nocivas para su engrandecimiento. Desgraciadamente, en las artes no siempre los triunfos son del más fuerte, sino del más astuto.

Mucho de lo que acabamos de decir de Ricardo Castro, á quien por su juventud hemos puesto por delante en estas páginas, podría aplicarse á Gustavo E. Campa que es de lo más distinguido y aun eminente entre los actuales maestros mexicanos. De los modernos pudiera ser considerado el jefe si lo consintieran esas envidias, esos rencores, esas venenosas insinuaciones á que acabamos de referirnos. Y no es viejo ciertamente; nació apenas un año antes que Ricardo Castro, el 8 de Setiembre de 1863 y en la ciudad de México: como un adorno ó recreo, pues pensó haberse dedicado á la carrera de médico, comenzó sus estudios musicales en 1873 bajo la dirección de los profesores Juan Loretto, Julio Ituarte y Felipe Larios; de 1880 á 1883 estudió con Melesio Morales la Armonía y la Composición, y fué alumno del Conservatorio Nacional obteniendo las calificaciones supremas y el Gran Premio Extraordinario. Produjo sus primeras composiciones en 1884, y en cuanto sus estudios particulares y sus meditaciones ante las grandes obras de los grandes maestros, despejaron su superior inteligencia, librándola de trabas y de preocupaciones, se declaró partidario entusiasta de todo cuanto en su arte significaba progreso y novedad. Escritor literario fácil y correcto sostuvo con su pluma sus ideales en activa y valiente propaganda, y para mejor difundir sus principios creó un Instituto Musical, que si mal no recordamos estuvo en la calle de Santa Isabel, y cuando lo estimó conveniente organizó un concierto con obras modernísimas: su tentativa se estrelló contra la indiferencia de los unos y las resistencias de los otros, y decepcionado, pero sin darse por vencido, se consagró á la enseñanza particular y á la composición de piezas ya capaces de acreditar su profundo saber, como su *Misa solemne*, su *Hymne á la Nuit*, su *Agnus Dei*, su